



*Volney before the ruins of Palmyra:
what happens and does not happen with time*

*Volney ante las ruinas de Palmira:
lo que pasa y no pasa con el tiempo*

ANTONIO HERMOSA ANDÚJAR

Universidad de Sevilla

DOI: <http://dx.doi.org/10.15366/bp2018.18.006>
Bajo Palabra. II Época. N°18. Pgs: 117-150



Recibido: 20/03/2018

Aprobado: 29/07/2018

Resumen

El presente artículo muestra cómo el impacto de la contemplación de las ruinas de Palmira lleva a Volney a proyectar la exhumación del significado de las ruinas en general. Las ruinas devienen entonces seres vivos ahítos de enseñanzas. Entre ellas destaca, primero, las relativas a la igualdad (y a la libertad y la justicia). Y, después, la *divinidad* de su autor, es decir, al hombre como sujeto único de la historia, la exaltación romántica de la belleza y una débil filosofía de la historia que registra el terrible poder del mal a lo largo del tiempo y se mitiga finalmente con una alusión al progreso y a su forma de manifestación futura: el Estado liberal, que ya no pasará con el tiempo.

Nuestra exposición critica las profundas contradicciones de su discurso: la moralización de su visión de las ruinas, que desvirtúa notablemente su significado; la excusa para una política colonial, que deriva de su protección; la ambigua calificación de bárbaros a quienes las destruyen, aplicable por igual a fanáticos e ilustrados; la ingenua visión moralista del papel del mal en la historia o el contraste entre el *fin* de la misma, encarnada en el Estado de Derecho universal para el que Francia hará de guía, y sus incisivas críticas a la Europa y a la misma Francia reales.

Palabras clave: Volney, ruinas, Estado de Derecho, mal, naturaleza humana, ley natural, Francia.

Abstract

This article shows how the impact of the contemplation of the ruins of Palmyra leads Volney to project the exhumation of the meaning of ruins in general. The ruins then become living beings full of teachings. These include, first, those relating to equality (and freedom and justice); and also, the *divinity* of its author, that is, man as the unique subject of history, the romantic exaltation of beauty and a weak philosophy of history that records the terrible power of evil over time and that mitigates finally with an allusion to progress and its form of future manifestation: the liberal State, which will no longer cease with time.

Our discussion explores the profound contradictions of his discourse: the moralization of his vision of the ruins, which significantly distorts its meaning; the excuse for a colonial policy, which derives from its protection; the ambiguous description as barbarians of those who destroy them, applicable equally to fanatics and enlightened; the naive moralistic vision of the role of evil in history or the contrast between the *end* of history, embodied in the universal State of Law for which France will act as a guide, and its incisive criticism of real Europe and France.

Keywords: Volney, ruins, rule of law, evil, human nature, natural law, France.

1. La *Invocación*: el poder de las ruinas

EL VIAJERO QUE DESDE LA LEJANÍA AVISTABA con el pensamiento las ruinas de Palmira sabía desde luego qué hallaría al final de su viaje, mas no podía conocer, ni siquiera con el vivaz auxilio de la imaginación, esa realidad hasta ahora insuficientemente aprendida en los libros, que dejan siempre en el espíritu “una huella fugitiva pronta a deshacerse”¹. En cambio, sí conocía con exactitud el impacto que le produciría la contemplación del espectáculo, porque una experiencia similar años antes en Egipto le había hecho vivir en su persona el entero recorrido de la *virtud* estética: desde la impresión en los sentidos sacudía la sensibilidad desatando incluso lágrimas de emoción, y de ahí llegaba hasta la reflexión, que al centrarse en objetos sublimes devolvía la corriente al corazón enriquecida con la elevación del alma². A través de la belleza, como querrá más tarde Schiller, la experiencia se reunía con la razón en el hombre, y ese hombre unificado en sus potencias hacía ver cuán profundamente romanticismo e ilustración se reunían en el corazón y la mente de Volney, estrechando un lazo que las lágrimas antedichas habían hecho aflorar.

El resultado del impacto en el viajero de ese jardín de ruinas, superado el arrebatado y el anonadamiento iniciales, que contagian su desbocada emotividad a la propia razón, es el proyecto “grandioso” de indagar el por qué, el cómo y el qué de las mismas. Lo vemos en efecto intentando recomponer idealmente los edificios elevados sobre aquéllas que sus manos tocaban; combinar febrilmente los restos para rehacer entera la planta de la ciudad antigua; lo vemos observar abatido el retorno de la naturaleza a lo que fue civilización o, si se prefiere, la conversión de la civilización en naturaleza, al constatar cómo los “palacios de los reyes han devenido refugio de las fieras”³; *resurgir* de nuevo descubriendo los hilos del comercio o reconstruir con apremio las murallas de Nínive, los muros de Babilonia o los palacios de Persépolis merced a la creatividad que la analogía con la situación de Palmira le confiere. Y lo vemos finalmente decidirse a buscar las causas que sacaron de las grandes civilizaciones de un tiempo ese esqueleto de ruinas con el que un pasado de vida, abundancia y gloria se ofrece a los ojos del visitante. Por supuesto, es ese océano

¹ *Voyage en Egypte et en Syrie*, Paris, Mouton, 1959, p. 25.

² *Voyage...* cit., p. 27.

³ O cómo “los rebaños apacentan ante el umbral de los templos y los inmundos reptiles habitan los santuarios de los dioses” (*Les ruines, ou Méditations dur les révolutions des empires* (ed. de 1883), Paris, Hachette, p. 7).

de restos que cubre los senderos de la vista y que la imaginación extiende hasta los confines de sus conocimientos, y no un documento o un vestigio cualquiera, lo que agita su espíritu en pos de la tarea establecida. Que para iniciarla el *filósofo* ascienda hasta “las alturas que lo [el *valle de los sepulcros*] bordean, y donde el ojo domina a la vez el conjunto de las ruinas y la inmensidad del desierto”, no será, pues, casualidad (como tampoco el que su romanticismo se refuerce desde ese lugar elegido para la reflexión)⁴.

¿Cuál es el paisaje socio-político y cultural que la historia ofrece desde ahí?

En la *Invocación*, y en el estilo elegíaco en que se expresa, zénit de su romanticismo, resalta el contraste del silencio, la soledad, y aun la santidad, de las ruinas objeto de meditación, por un lado, con la vitalidad de sentimientos y pensamientos que generan, o con la suma de útiles lecciones que atesoran, por otro.

Las ruinas, por tanto, no son solo objetos inertes, escombros de un pasado un tiempo refulgente perdido para siempre, sino voces vivas que si bien cambiaron su referencia inicial han preservado intacto, luego de mutar circunstancias y fisonomía, el secreto que nació con ellas al nacer ellas: al suplantarse con su ser lo que había sido. Una civilización de la que sólo quedan sus ruinas, un tirano cuya herencia es una suma de despojos, equivalen por ello ontológicamente a otras ruinas menos luminosas y a otros despojos menos poderosos: la igualdad, “el santo dogma de la igualdad” al decir de Volney, se revela así como el secreto guardado en las entrañas de aquéllas. Pero con ser quizá el más importante no es el único, porque también la libertad irrumpe en ella bajo el velo “augusto” de la justicia, que asignará a cada uno su papel en el escenario de la fama póstuma en función de sus acciones; o, como dice un tanto críticamente Volney en su estilo barroco, pesará en su balanza “las acciones de los mortales a las puertas de la eternidad”⁵. Son lecciones de humildad y sencillez que autorizan el sueño de un obrar útil y de una vida mejor. Y que, al final, en un arrebato casi místico parecen elevar al sujeto que las contempla al cielo de la humanidad, a cuya felicidad él se dispone a dedicar la suya⁶.

Lecciones de igualdad y de libertad contra los tiranos y de consuelo a favor de los débiles y pobres; una advertencia que es una moral para el sabio contra la codicia y el poder de los potentados, mas también contra la ignorancia y superstición de esos

⁴ *Ruines*, op. cit., p. 5. Todo el cap. 3º, donde por primera vez comparece el fantasmal genio, así como el 4º, son romanticismo en flor.

⁵ *Ruines*, op. cit., p. 1. Y como ambas lecciones, en especial la primera, están llenas de consecuencias, las ruinas devienen el documento que registra el terror de los tiranos ante la nada que les espera al final de sus fechorías públicas o privadas, el castigo de los poderosos, la inoperancia del oro de los avaros, en tanto compensa al pobre de sus privaciones y consuela al desdichado ofreciéndole un último asilo. Por si fuera poco, enseñan al renovado filósofo estoico a no dar crédito al dinero ni vigor a la grandeza, a mantener su “corazón en los límites de la equidad”, etc.

⁶ *Ibidem*.

mismos pueblos a los que un poco antes rescatara, y esa promesa sacrificial y holista en la que el filósofo ofrece su felicidad concreta a mayor honra de una supuesta felicidad universal que en sí misma –nos parece– sólo cabe imaginar como abstracción. Todo eso, al menos, *son* las ruinas, según Volney.

No hace falta más, pues, para observar que la fiebre de la emoción en semejante contexto ha saltado a las palabras, y que con ello el delirio ha asaltado a la razón. El viajero-filósofo, autorrevelado como una especie de improvisado salvador laico del género humano, encuentra así en las ruinas el mismo poder nivelador que la muerte –*que a todos iguala*– tenía en la escatología cristiana; el *mismo*, es decir: ese agente que deja la tierra a merced de males como el despotismo y la miseria y fía al *más allá*, esto es, al *filósofo*, su ilusoria reparación igualitaria tras la muerte de quienes los ejercieron o los padecieron. Cabe imaginar aquí el terror *salvaje* de un tirano o el consuelo *feroz* de un tiranizado al pensar en la futura equivalencia de sus respectivas cenizas: ¡ventajas para la humanidad de contar con algún ilustrado iluminado!

Empero, y a fin de rescatar otros significados y otras ideas de Volney asociados a las ruinas, intentaremos aclarar qué las causa y si sus causas tienen remedio, lo que nos llevará a replantear la cuestión del origen y poder del mal. La exposición que da cuenta del problema implicará una anémica filosofía de la historia en la que una desvaída esperanza y una perpleja razón parecen entrever la *ocasión* del progreso, y a esa deidad creen aferrarse con tal ímpetu pese a las admoniciones de la naturaleza humana como para dejarla también calva en esta oportunidad. Antes de proceder a exhumar la compleja significación de las ruinas –las “lecciones”, como las llama Volney, y que a las establecidas por él sumaremos las deducidas por nosotros– intercaldremos el análisis de las conclusiones con las que el gran viajero cerraba su periplo por Egipto, porque ya allí el oráculo de la historia se expresa a través de ellas y porque, al hacerlo, se sirve de un doble lenguaje que, por lo mismo, no puede quedar exento de contradicción. El remate de la exposición lo pondrá una reflexión acerca de si en el pensamiento de Volney cabe hallar cimientos de alguna construcción posible que al realizarse no pase con el tiempo.

2. Las ruinas y el tiempo. La ambigüedad moral de la belleza

LAS RUINAS SON SERES VIVOS, OBJETOS CON SIGNIFICADO. Éste lo derivan o directamente de lo que fueron, y en tal caso son signos de lo que hubo en su lugar: los restos de palacios, templos, muros, fortalezas que ya no son; o bien metafóricamente de una realidad mayor que englobaba las construcciones de las que ellas son hoy los testigos, y entonces son símbolos: de reinos, de imperios de una grandeza des-

lumbrante hoy oculta tras las sombras que el tiempo deja al pasar. Ahora bien, ¿es claro y distinto el significado de tales objetos: es uniforme y constante para quien los contempla? ¿Y perdura a lo largo de todas las épocas?

Ya la contemplación de las ruinas de Alejandría respondió por adelantado con un seco no a esas cuestiones. Restos y más restos de vida organizada se dispersaban aquí y allá sin atraer la atención de los lugareños hacia ellos mientras insuflaban en los extranjeros una emoción sin límites⁷. Pero, ¿y las pirámides, esos monumentos singulares que hasta ahora han demostrado ser los únicos objetos materiales que no pasan con el tiempo?⁸. ¿Logrará su resistencia, su belleza o su grandeza unificar las mentes en torno a su valor y su significado pasada la convulsión suscitada supuestamente en quien las contempla? En este caso, el desencanto de la respuesta no guarda proporción con el resultado quizá premurosamente dado por descontado, sino que lo aumenta. Ni el ser el solo objeto en el que la imaginación, calculando en base a su solidez, su masa o su grandiosidad misma, representaría la noción de eternidad; ni las emociones que van despertando cuando se las atisba en la lejanía, asombrosamente multiplicadas en su presencia o al tocarlas; ni las propiedades formales internas o externas que las caracterizan, ni los tesoros de ideas, memoria e información encerrados en sus vastísimas superficies, logran colmar la falla.

No obstante, las pirámides almacenan un significado múltiple y preciso, enfatiza Volney: son obra de ese ser tan “pequeño” y “débil” que las ha levantado entre trabas sin cuento, otorgándole así en realidad una omnipotencia que tan furtivamente se deja reconocer en su apariencia. En lo sucesivo sólo cabrá adorar a ese gran dios que adopta apariencias tan humildes de sí mismo, y el “corazón y el espíritu a la vez”, arrebatados por los sentimientos de “asombro, terror, humillación, admiración, respeto” que ahora los inundan, lo han incluido ya en el vetusto panteón.

Con todo, las emociones no llegarán a ser uniformes ni universales, porque apenas el espíritu inquiere por el uso dado a dicha omnipotencia la aflicción asalta la anterior fortaleza desalojando a una buena parte de sus moradores, o mitigando la prestancia de antes. Será imposible a partir de ahora eliminar de los ojos del alma esa inaceptable exhibición de humillación y prepotencia, ese carnaval de “injusticias y vejaciones” con que los “déspotas” se han burlado de sus pueblos tratándolos como un juguete más, indignos de respeto o compasión porque para sus principios lo humano no llegaba hasta ellos. La indignación ante esa recién aprehendida deshumanización del dios apenas incorporado al panteón, además de reproducirse de continuo en Egipto, se consagra en el alma del viajero en cuanto su mente, escar-

⁷ *Voyage*, cit., pp. 26-7.

⁸ En el *Voyage* eran fuente de asombro y emoción sin par, pero en las *Ruines* despedían un terrible hedor a tumba de déspota, y ese juicio ético la priva de sus propiedades estéticas y culturales (p. 47).

bando en la sociedad que alzara tan insignes monumentos, no descubre “el genio de un pueblo opulento y amigo de las artes”, sino una realidad mucho más decrepita y abastardada: “la servidumbre de una nación atormentada por el capricho de sus amos”.

Ese Jano que emerge de la valoración y consiguiente juicio sobre las *ruinas*⁹ conduce a Volney a tres notables conclusiones, que delatan tanto la pureza de su intención moral como la débil consistencia de sus fundamentos lógicos. La primera es el desglose del viajero en “amateur des arts” y “philosophe”, y mientras aquél –ya, insistimos, una *ruina* estética por siempre eliminada del corazón ético del viajero, que sólo anidará en el segundo– se lamentará viendo cómo *sobras* de antiguas columnas palaciegas devienen muelas de molino en Alejandría, éste llegará incluso a disculpar dicho *crimen*, y aun se convertirá en cómplice moral del autor de la proeza, dado que así perturba el deseo del déspota de hacer, merced a su pomposa tumba, su muerte inmortal. La conclusión del filósofo será transgresora: aunque no le ha sido fácil ni inocente renunciar al criterio de la belleza en su juicio, aunque eso no sea una operación fácil de digerir por su espíritu¹⁰, se muestra categórico no sólo al perdonar la “avaricia” de quien así obró, sino que celebrará jocosamente tal justicia poética obrada por el tiempo al devolver a su legítimo propietario, “el pueblo”, el bien que el déspota le robara con su opresión: la violencia que ha privado a su ruina de la piedad en principio merecida.

La segunda es de un calado excepcional, quizá de las más importantes del libro, al ser de naturaleza política y al tratar de política internacional. El argumento de Volney anticipará aquí el de los partidarios actuales de que las democracias intervengan en los países dictatoriales en bien de los esclavos del déspota de turno, una medida en la que la moral puede llenar de perversión la política a pesar de la auto-evidencia con la que se presenta. La conversión del “interés del pueblo”, más que la preservación de las ruinas, en el criterio de la conservación de éstas, es, atesta Volney, “lo que debe dictar el deseo de *ver pasar* a Egipto a otras manos [en lugar de dejarlo en las del Imperio Otomano]; y aun *si solo fuera por eso*, tal revolución sería siempre hartamente deseable”¹¹. Escritas esas palabras cuando en su país, a causa de la guerra entre turcos y rusos, muchos se decantan por anexionarse Egipto a fin de hacer frente a la nueva correlación de fuerzas que surgirá de la más que probable victoria rusa, la

⁹ Volney lo decía inicialmente de las pirámides, recuérdese; pero enseguida lo hace extensivo a otros monumentos egipcios ya *si en ruinas*: de ahí que nosotros nos tomemos la licencia de extender sus enseñanzas a todas las ruinas en las que su monumentalidad da idea de su antigua grandiosidad.

¹⁰ Por tanto, contrariamente a lo afirmado por Keats al inicio de su *Endymion*, la belleza para Volney no será *a joy for ever*.

¹¹ Cursivas nuestras... Y Volney prosigue señalando lo bien que le sentarían a esas ruinas que las manos que ahora le acogen sean las de un país amigo de las artes, con sobrados recursos para su mantenimiento.

línea recta entre la idea y el deseo parece fácil de trazar. Sin embargo, en el libro que poco después dedicará precisamente al análisis del citado conflicto, y haciéndose eco de dicha polémica en Francia, Volney –dando muestras de una extraordinaria perspicacia política– se decanta por la neutralidad francesa incluso ante la inminente perspectiva del refuerzo ruso si, como parece, llegara a ocupar Constantinopla. La independencia americana, afirma, empezará a repercutir sin tregua en todos los territorios sometidos, por lo que la era de las potencias coloniales está tocando a su fin y el mundo requerirá una reordenación sustancial respecto a lo que hoy es¹².

La tercera, en principio, no es sino la prosecución de la anterior: las ruinas a preservar no están ya en Alejandría, sino en lugares que el tiempo y las circunstancias, en secreta pero perceptible alianza, rodearon con sus cercas volviéndolos inaccesibles. Mas en medio del razonamiento aparece la siguiente frase: tales lugares, “que antaño contaban con ciudades y templos, *no habiendo podido sufrir la devastación de los bárbaros*, de seguro han preservado monumentos, por el hecho mismo de que su población se ha extinguido o se ha aniquilado”¹³. La cuestión aquí consiste en precisar quiénes son esos bárbaros, y las soluciones no son muchas ni, menos, unilaterales: el Imperio Otomano, con el autoritarismo de su ególatra sultán al mando¹⁴, con todas las injusticias y sus secuelas de ignorancia y superstición que acarrea, ¿es el único culpable? Volney no se cansa de repetir que los pueblos se condenan con la corrupción y el lujo de los déspotas y los grandes, que engendran pereza, pobreza y fatalismo que añadir, entre otros, a los males recién señalados y que indicara en la *Invocación*, máxime si viven bajo una religión que condena todo lo que no es ella, y por tanto santifica la discontinuidad histórica en un mismo país.

Al analizar las lecciones deducidas por Volney de las ruinas egipcias observamos sin duda un mayor realismo en las mismas; nada se dice aquí de la igualdad y aun de la libertad o justicia apuntadas después en la *Invocación*, que en realidad más parecían la prosecución de la igualdad por la vía del mérito que cualquier otra cosa. Son lecciones que versan sobre la grandeza humana, pero también sobre su miseria; que no todos aprenden, ni quienes lo hacen valoran igual, mostrando con ello un género humano corrupto, dividido, violento y discontinuo en el tiempo, entre otros caracteres.

Debe mencionarse aquí, dada su importancia, la directa consecuencia de la característica enumerada en primer lugar, que Volney ignoraba al examinar la belle-

¹² Ese cambio de posición, aunque sólo se debiera a interés personal, lo que resulta inexplicable, bastaría para mostrar al menos cómo su conciencia está por encima de la política de potencia, y si bien defiende a su país también quiere defender una nueva política más cercana a la paz y más lejana a la dominación.

¹³ *Voyage*, cit. Todas las citas anteriores están en las páginas 155-157 (cursivas nuestras).

¹⁴ *Ibidem*.

za recubierto con la máscara de la moralidad. Las ruinas, nos decía allí, contenían asimismo la miseria humana, que las privaba de su poesía en muchos casos, y era menester donde surgía el conflicto optar por el interés del pueblo antes que por su conservación. El filósofo quedaba atónito ante ese hecho, el de la grandiosidad de la maldad, porque el filósofo en realidad escondía al moralista que le vedaba la continuidad del razonamiento. Una cierta valentía añadida le habría inducido a afirmar tranquilamente que las ruinas son asimismo, a igual título que de su grandeza, expresión de la maldad del género humano, y más en concreto del delirio de los gobernantes, pero en medida no menor de la cobardía de los pueblos que obedecían por miedo, a la fuerza o de grado, a sus déspotas, quienes les retribuían con todas las formas de corrupción posibles. Las reticencias de su mente a deshacerse de la belleza habrían podido verse así como una manifestación de su potencia en el espíritu humano, tanta como para declararla un baluarte autónomo del mismo, como los sentidos o la razón, y anterior por ende a la calificación ética de sus manifestaciones o a su sumisión ante las reglas de la moralidad. Y, por supuesto, habrían situado su indagación —y su sistema— al borde del abismo, pues si mediante el mal nos hallamos en grado de elevar monumentos grandiosos a la belleza, es decir, de monumentos grandiosos a su poder, el rodeo en el reconocimiento de sus facultades mediante la práctica del narcisismo estético por parte del mal no aparecería ya como un homenaje que el vicio rinde a la virtud en el ámbito de la belleza, sino como una virtud suya sin más. Y, en tal caso, ¿dónde situar diferencias de belleza en la grandiosidad pregonada por las ruinas entre el bien y el mal, cómo distinguir con nitidez una grandiosidad de otra, un motivo del otro, y *para qué* hacerlo? Y, establecida la ambigüedad connatural a la belleza, lo más doloroso para tan platonizante filósofo: si la estética no da razones para discriminar entre el mal y el bien, ¿son realmente opuestos por naturaleza, incluso en la ética o la política?

Abandonamos dicha crítica dado que en el presente trabajo lo que al cabo nos interesa es saber si el ser humano, que con tanta facilidad produce ruinas, es capaz, y cómo, de evitar su reproducción mañana: si hay algo en cuanto hacemos, en lo que creamos, que impida o al menos ponga en duda, al observar la magnificencia de las ruinas de los tiempos pasados, estamos también regresando al futuro. Y, naturalmente, si de la obra de Volney cabe acarrear materiales que faciliten la resolución de ese enigma. Vayamos por tanto a las causas de las mismas. No sin antes recordar que la gran lección contenida en las ruinas que Volney olvidó extraer es que el mal tiene el poder de manifestarse en obras de suma belleza y perfección, que podrán acabar o no en ruinas, y que tales manifestaciones, pese al genio que incorporan, serán moralmente rechazables mas son psicológica y estéticamente atractivas y deseables.

3. Las ruinas y sus causas. Inmanencia histórica y dualismo antropológico

El hombre, sujeto de la historia

Las ruinas continúan impartiendo lecciones. Rebuscando en ellas se acabará por toparse, dice Volney, con los móviles que elevan y abaten imperios, las causas de la prosperidad y el infortunio y los principios básicos de la paz social y la felicidad individual¹⁵. Ese elenco causal, si bien se mira, es ya una lección en sí mismo, pues los nombres crean distinciones conceptuales que no existirían de haber un único *causante* de todo. Dicho de otro modo, no hay providencia, ni ciega ni bizca, ni divinidad que sea su timonel, al frente de los acontecimientos humanos, sino que el hombre es el único agente de los mismos, su sujeto y objeto, que diría Hobbes de la política¹⁶.

La conclusión es buena para dios porque, al equipararlo a la naturaleza y desvincularlo del monoteísmo, el panteísmo resultante le libra de ser el *malo* de esta historia; y es aún mejor para el hombre porque al ser el único que queda en pie en tal escenario se vuelve –lo quiera o no, lo sepa o no–, responsable absoluto de todo, *humanizando* así incluso a la propia religión y convirtiendo de oficio al dios de turno en un fantasma hecho a su imagen y semejanza. Pero es mejor también por una segunda razón: fuerza a esfumarse toda la realidad antaño inherente a la creencia ahora sustituida, empezando por ese ruin fatalismo que hace del mal una maldición divina y veta por tanto la consideración del hombre como un sujeto libre incluso cuando lo lleva a cabo; y terminando por el cortejo de males de que se acompaña, a saber, la pasión, la ignorancia y la codicia: las dos primeras, creando un velo de *olvido* sobre el origen del mal, y la última valiéndose del fatalismo como coartada de la opresión inherente a su existencia¹⁷.

Al trasladar dicho origen al corazón del hombre un nuevo héroe surge en la historia, y visto desde el prisma de la ética anterior la nueva moralidad declarará *hazaña* todo lo que toque, vale decir, cuanto haga, sin importar en principio si es bueno o malo, sino tan sólo la exclusiva responsabilidad de su acción. Ese cambio ontológico, y el radical en la concepción moral del individuo que deriva, será la segunda gran enseñanza recabada de las ruinas¹⁸.

¹⁵ P. 19.

¹⁶ La idea es tan antigua al menos como la *Odisea* de Homero, pues ya allí Zeus se quejaba ante sus congéneres de la injusticia de los hombres al culparles de sus males, cuando realmente son “ellos mismos / los que traen por sus propias locuras su exceso de penas” (I, vv. 32-34).

¹⁷ P. 17.

¹⁸ Volney pone la declaración de esta nueva verdad en labios del “genio” aludido, que irrumpe de improviso en el relato casi al inicio de la misma, y que acompañará al autor a lo largo del resto de la obra. Nosotros no le dedicaremos tanta atención, por *romántica* que nos parezca su figura.

Ahora bien, semejante traslado plantea nuevos problemas y conflictos que la culpable ingenuidad del relato primitivo mantenía ocultos, demostrándose así que el absolutismo no sólo tiene la ventaja de ser coherente en política, como quería Mendelssohn, sino también de cultivar la simplicidad, y lo mismo en aquel ámbito que en el intelectual. Porque designar el corazón humano sede del mal en la historia significa, ya de entrada, explicar sus relaciones con el bien, si conviven o ambos, bien y mal, son *tiranos* de corazones diversos; explicar asimismo la potencia de cada uno, porque los dos han dejado su huella en el escenario en el que los seres humanos han pasado su tiempo; y, finalmente, mostrar el camino que desde tan íntimo lugar conduce nada menos que a las ruinas y a lo que, en principio, en cuanto hijo del bien, quizá no debería pasar con el tiempo. Pongamos, pues, la lupa sobre el corazón de la naturaleza humana.

La naturaleza humana: monismo ontológico y dualismo moral

Criatura del mundo, el hombre está regido por leyes naturales, como las demás: leyes inmutables, regulares y previsibles, “fuente común de los bienes y de los males”, acopladas a todos los seres terrestres, accesibles al hombre en todo tiempo y lugar, sea a través de los sentidos que de la inteligencia, y que sancionan sus acciones con castigos o recompensas. Conocerlas, comprender la naturaleza de los seres que lo rodean y la suya propia significa, añade Volney, conocer “los motores de su destino”, “las causas de sus males y sus posibles remedios”. Llegaría en tal caso a descubrir que la propiedad natural constitutiva de los humanos es la de *sentir*, como la de la llama es subir o la de la piedra bajar; la cual le faculta para rehuir toda sensación de dolor o daño y para perseguir aquella que le procura placer y bienestar, sensaciones ambas que le fuerzan a “amar y conservar su vida”. Resumiendo: “el amor de sí, el deseo de bienestar, la aversión al dolor han sido las leyes esenciales y primordiales impuestas al hombre por la propia naturaleza”; leyes que le gobiernan, como en el mundo físico, y que “se convirtieron en el principio simple y fecundo de cuanto ha ocurrido en el mundo moral”.

¿Cómo ha tenido lugar semejante cambio? Volney equilibra los males inevitables que la naturaleza obsequia a los seres humanos con los bienes igualmente inevitables que los compensan, y precisa que aquélla les ha dotado con la capacidad de aumentar unos y de aliviar otros, lo que a la postre ha transformado “al hombre en artesano de su destino”¹⁹. ¿Cómo propiedades ontológicas inmanentes al común de

¹⁹ Véase el entero cap. 5, pp. 24-26, y cap. 6, pp. 27-28.

los seres humanos han podido generar a lo largo del tiempo y del espacio otras de naturaleza opuesta y valoradas, además, de manera muy distinta por unos y otros? ¿Y por qué las leyes que nos unen y benefician en cuanto criaturas naturales, al reconfigurarse históricamente nos desunen y perjudican en tanto criaturas sociales? ¿Y qué consecuencias se derivan de todo ello? De eso tratará el resto de la sección.

¿Del bien al mal?

a) La ambivalencia del amor de sí

Al principio, corporal y espiritualmente, el hombre no era nada, salvo un almacén de necesidades palpables por los sentidos que requieren satisfacción; y es en el proceso de alimentarse, cubrirse y reproducirse, con el que de un lado combate el aullido del hambre en su estómago o el empujón de la intemperie sobre su cuerpo y cede de otro a la música del placer que se satisface perpetuando la especie, como ese hombre ve crecer su inteligencia, afinarse sus capacidades, cerrarse su decálogo moral y, en su epílogo, deshacerse del hombre salvaje que era convertido en un ser más evolucionado y social. Las necesidades, empero, no dejan de acechar y los peligros de su satisfacción les llevan a reunirse en sociedad a fin de remediar las urgencias de seguridad que sin cesar desafían sus posesiones y sus vidas. El paso se ha dado y la suma de esfuerzos propia de aquélla *abarata* los esfuerzos individuales dedicados a satisfacer necesidades, amplía las formas de relacionarse de los miembros, crea sentimientos nuevos entre ellos y profundiza las capacidades singulares con las que accedieron a aquélla. En cierto modo, hemos llegado por otras vías, pero con algunos puntos comunes jalonando el trayecto antropológico que conduce a la sociedad y al mal, a esa etapa que Rousseau bautizara como *jeunesse du monde*²⁰, en la que el hombre ha ido delimitando su posición en la naturaleza afirmando la suya. Por lo demás, la ayuda recíproca, el bienestar que deriva de ella, los goces de nuevos placeres, se unen a la domesticación de los animales y al descubrimiento de la agricultura para hacer del nómada un ser sedentario, más seguro de sí mismo y poderoso que antes. El amor de sí, que les llevó a conformar sociedades en aras de su seguridad, ha sido el principal responsable de ese salto cualitativo en la vida del antiguo salvaje al inducirlo a asociarse a sus semejantes y a perfeccionar su destreza, su fuerza, sus afectos, su inteligencia y sus conocimientos —en suma: a *humanizarse*— con la asociación.

²⁰ *Discours sur l'origine et les fondemens de l'inégalité parmi les hommes* (en "Oeuvres complètes", III, Paris, Pléiade, 1964), p. 171.

La larga etapa de bonanza mostraba la filiación entre la conducta del hombre y las leyes de su naturaleza. La felicidad era su destino. Por ello sólo una “imprudencia fatal”²¹ podía quebrar esa línea recta que el tiempo debía por siempre trazar entre aquella conducta y este final. Veamos qué la produjo.

Volney califica de “imprudencia fatal” el desconocimiento y transgresión de sus límites por parte del hombre, dos cadenas diferenciadas de acciones que le condujeron a un mar de “errores e infortunios” que acabaría en efecto siendo *fatal* aun cuando no siempre se tratara de *imprudencia*. Sea como fuere, el amor de sí, “desajustado” unas veces y “ciego” otras, devino principio del mal, demostrando en tal modo un poder inesperado, pues si se yergue en “principio de felicidad y perfección” en su uso moderado y prudente, en su otro uso deviene “veneno corruptor”, sobre todo porque la ignorancia tiene una dama de compañía, la codicia, aún más deletérea que ella, y es la genuina “causa de todos los males que han assolado la tierra”.

Ignorancia y codicia irrumpen de pronto como claves secretas de la orgía de destrucción que ha caracterizado una parte singular del paso del hombre sobre la tierra; gracias a las dos el corazón del hombre se cerró al sufrimiento de su semejante, esto es, la compasión dejó de existir, como también la equidad; dividieron las familias, las tribus y las sociedades como antes habían dividido a los hombres mismos, ensangrentaron la tierra con la discordia y la villanía, creando opresores y oprimidos, amos y esclavos donde antaño la concordia reinaba en las relaciones interhumanas, y todo ello tras corromper a los jefes de las naciones, en los que instiló una “avidez mercenaria” que está en el origen del *despotismo político* y después la necesidad de disimular su barbarie recurriendo a los milagros de la superstición para justificarla, esto es: instaurando con él el *despotismo religioso*.

El camino para llegar hasta ahí podría haber tenido sin embargo unos orígenes más modestos: individuos normales que, desarrolladas sus facultades, se entregan al disfrute de los objetos al alcance de sus manos, o dos individuos fuertes que acuerdan sustituir con brazos ajenos los propios para procurarse los diversos placeres. Pero ya el hecho de que la voluntad de los primeros fuera arrastrada al goce por sus “deseos desenfrenados” en contra de la medida con la que la naturaleza brinda la oportunidad de satisfacer las “verdaderas necesidades”; y de que los segundos, al hallar resistencia en los débiles, llegaran incluso a asociarse “para la opresión” de quienes debían procurarles sus objetos de placer, da a entender con claridad que las leyes de la naturaleza habían dejado de ejercer sus efectos en los corazones y las

²¹ El eco del “azar funesto” roussonianos resuena aquí con claridad. No obstante, en la explicación de Volney la responsabilidad del hombre supera a su par en el relato roussonianos.

mentes de los individuos, que el camino sería largo y las consecuencias impredecibles. Hemos expuesto antes el final, pero volvamos de nuevo al principio: ¿qué ha podido producir una hecatombe así entre los seres humanos?

b) Dos evoluciones paralelas

Sabemos de la ambivalencia del amor de sí, capaz de conducir al hombre hacia lo mejor y lo peor en función de si es moderado o corrupto, y que aquél al obrar en uno u otro sentido no hace sino agotar las posibilidades de acción que le concede su relación con la ley natural; esto es: sabemos que dicha ley es fuente de todo lo bueno y lo malo en función de si la obedece o no. Sabemos asimismo de la línea recta que liga férreamente al amor de sí corrompido por la codicia con el despotismo en cualquiera de sus formas, político o religioso, como sabemos que dicha corrupción no es un elemento constitutivo de la naturaleza humana, sino uno sobrevenido que surge de la transformación del bien originario una vez surgidos los primeros agrupamientos. E incluso entonces la codicia permaneció “adormilada”²² por largo tiempo al carecerse de superfluo que la excitara. Empero, hay algo que no se termina de saber: el nexa causante de dicha transformación.

En efecto, si partimos de los bosques en los que Volney emplaza a los primeros seres humanos, allí no hay lugar para el mal; en una extensa y mecanicista explicación de su evolución, compendiada en un concepto típico-ideal de la misma salpicada de historia sólo al final del ciclo, Volney enfatiza la igualdad existente entre sujetos acosados por las mismas necesidades y dotados de idénticas capacidades y fuerzas, lo que también les hacía independientes unos de otros, al punto de ignorar incluso las ideas de amo o esclavo. En contexto semejante, donde es fácil juzgar del derecho ajeno por el propio y hacerse por tanto una idea cabal de justicia; donde cuanto se produce es necesario; donde los bienes, como sus propietarios, se hallan protegidos, y cada uno trabaja por y para sí mismo; donde las necesidades, escasas, están satisfechas y el corazón, ocupado, se halla exento de culpa, los efectos no tardan en llegar, y vienen bajo la forma de abundancia y de sus derivados: aumento de la población, desarrollo de las artes, extensión de los cultivos.

La situación se ha alterado; las relaciones entre los hombres han cambiado, el orden se ha vuelto más difícil de conservar, la codicia ya ha sentido el olor de las riquezas y se ha reservado su espacio en el corazón humano, se ha elegido a los primeros jefes y se han promulgado las primeras leyes. Pese a tales cambios, Volney insiste

²² *Ruines*, p. 37.

en que la condición primera aún tenía medios de imponerse sin acudir a la fuerza, pues las amenazas externas y el hábito interno de la autonomía personal, etc., actúan de resortes a favor de la unidad y la paz entre los miembros del grupo. Sin duda, los desórdenes se hacían notar aquí y allá entre los integrantes de alguna familia o facción, pero aún prevalecían los intereses comunes. Tan es así, que las sociedades siguieron creciendo, aumentando con el número su prosperidad y su potencia, y al explicar ésta Volney apela a la perfecta simbiosis entre el todo y la parte, a la armonía que inyecta en la sociedad una legalidad facticia conforme a la natural, en tanto refuerza el vínculo entre el sentimiento de bienestar personal y la constitución de su país, que lleva al ciudadano a participar con mayor interés y ahínco en el destino del mismo. A partir de ahí brotan en la sociedad nuevos recursos que delatan la extensión del talento y el civismo, la protección de los derechos individuales, la formación de ejércitos nacionales, la tutela de la propiedad, la abundancia de riquezas y su contrapeso por unas costumbres habituadas a la severidad, la expansión del comercio o la conformación de una opulencia pública emanada de las riquezas privadas. Las orillas del Mediterráneo y del Nilo, del Tigris y el Éufrates, la India o Europa gozaron las consecuencias: obras públicas magnificentes —y *morales*²³— entre las cuales, naturalmente, se cuentan “estos acueductos de Palmira, estos templos, estos pórticos”, cuya contemplación está en el origen del relato, mera caja de resonancia de las emociones en el corazón del filósofo que éste nos traduce a ideas²⁴.

Llegados aquí, y ahora que también sabemos de la existencia de un flujo ininterrumpido entre el bien y la *libertad* paralelo al existente entre la codicia y el despotismo, resulta pertinente renovar la pregunta acerca de cómo éste ha podido derivar de aquél. Y es que lógicamente no cabe imaginar cómo el mal haya podido entrar al abordaje en el curso del bien sin desviarlo y sin desnaturalizarse él.

Hay un momento, el del aumento de población, que en apariencia podría ser el punto donde el curso del primero se bifurca en el del segundo: “la multiplicación de los hombres”, dice Volney, al complicar sus relaciones ha vuelto problemática la “demarcación de sus derechos”, y las pasiones, en su “juego perpetuo”, dan lugar a incidentes imprevistos. Tales serían quizá los puntos negros en la trayectoria del bien por los que se colarían en él las miasmas del mal interrumpiendo la misma. Pero, en realidad, se trataría de pura retórica acudir a semejante explicación, ya que los demás factores añadidos para explicar la obra perversa de la codicia sobre la sociedad son otras tantas formas de mal *ya* existente, si bien aún por desarrollar antes de alcanzar su madurez de malignidad, y que no derivan de los supuestos agujeros negros citados

²³ A diferencia de las pirámides o los templos fundados por el “orgullo”, según se aludió *supra* (p. 47).

²⁴ Hemos resumido e incluso parafraseado el capítulo X de Volney.

sencillamente porque, como hemos visto, el curso del bien no se detiene en ningún punto antes de dejar los monumentos cuyas ruinas consagrarán su memoria.

Ciertamente, también la codicia dio muestras de su músculo en el hombre salvaje, al que doctoró en robos, violencias y crímenes. Es también verdad que la perversión aprendida se transfirió, instituidas las sociedades, a las costumbres, los gobiernos y las leyes; que el jefe de familia consiguió un poder despótico en el interior de la misma, del cual acabó instruyéndose el poder político; que la codicia hubo de esconderse en la hipocresía para ganar en libertad y así deshacer realmente lo que parecía unir; que se enseñoreó después de la política en todas sus formas, y mediante el control del poder absoluto hizo y deshizo a su antojo al amparo de cualquiera de las banderas bajo las cuales militan los regímenes políticos, incluida la de la teocracia; y que así se llegó al despotismo, en apariencia fortalecido mediante la creación de dinastías y el abuso de la violencia.

Por último, es también verdad que el despotismo no era el punto de llegada, sino un nuevo punto de partida, que acabaría debilitándose con los mismos medios con los que pretendía protegerse al empobrecer el país, atemorizar a la población, arruinar sus cuerpos con trabajos estériles y sus mentes con la superstición, el fanatismo y la ignorancia. Los pueblos se inundaron de agobio y desesperación, los cimientos con los que la religión elevó su despotismo a los altares del poder... No vamos a continuar el recuento del mal recién resumido²⁵. Añadiremos simplemente que los peligros que destruyeron grandes imperios en oriente han transmitido por herencia sus amenazas al presente: lo revela el conflicto entre rusos y turcos, dos tiranías feroces y fanáticas por igual, justamente porque esas propiedades en las que codicia e ignorancia han dejado visibles sus rastros son lecciones antiguas que la época actual no ha sabido aprender²⁶.

Así pues, una inexorable mano nada invisible liga el bien y el mal a sus criaturas, y las pequeñas escaramuzas que salpican sus relaciones en absoluto afectan a los destinos paralelos que cada uno forja para sí. En efecto, al aplicar la lupa a la naturaleza humana lo primero en saltar a la vista fueron las leyes que la naturaleza había puesto en el hombre desde su origen al objeto de guiarle en su desarrollo. Todas ellas le invitaban instintivamente hacia su felicidad, y el salvaje que era las seguía de buen grado al inicio y sin cuestionarlas. No empezará a hacerlo, y quizá sin percatarse, hasta que el bienestar individual obtenido obedeciendo la legislación natural no puso ante los sentidos y el espíritu un cierto excedente que pronto devino objeto de codicia. A partir de ahí, la cadena del mal experimentó continuas transformaciones

²⁵ Véase el cap. XI de las *Ruinas*.

²⁶ Cap. XII.

que hicieron de ella el principal sujeto de poder de las sociedades, arrollando con sus progresivas manifestaciones gran parte del antiguo paisaje natural hasta casi borrarlo del mapa mediante la instauración de las primeras sociedades, cuyo final dejamos apuntado en su momento. Empero, dicha cadena coexistió con su antagonista, la del bien, que igualmente añadió paulatinamente nuevos eslabones hasta sublimarse en imperios que garantizaron la vida y los bienes individuales a la par que embellecían y bonificaban la existencia perfeccionando la entera gama de las artes.

Las lecciones, si lo antedicho es cierto, sorprenderían al mismísimo Volney, pues el dualismo del amor de sí abandona todo corazón singular para proseguir su carrera como monismo psicológico, moral y social, es decir, como fuerza que mueve al sujeto primero y a las sociedades después, y en ambos casos de manera unidireccional, hacia un futuro bueno o malo en función de la naturaleza de aquél. El supuesto dualismo ético individual ha ambivalente devenido monismo social real.

Ello significa que el individuo es bueno o es malo, pero no bueno y malo a la vez, es decir, que es un ser irreal; y que las sociedades son, en eso, equivalentes a sus miembros y por ende tan irreales como ellos. Ello significa igualmente que la cultura producida por una u otra sociedad es, antes de nada, buena o mala: que son morales y no técnicos los criterios usados en su evaluación. Cuando la nueva *verdad* se aplique al arte éste será entonces malo o bueno antes que bello o feo, y el maniqueísmo resultante, trasunto intelectual del método aplicado en su evaluación, provoca auténticos cataclismos culturales. Un ejemplo: todo aquel juego de emociones que dejaba al alma herida de terror, admiración, asombro y respeto al contemplar las pirámides se disuelve de pronto en la desafecta constatación de no ser ahora sino arrebatos de orgullo que dejan su impronta vejatoria respecto de la humanidad en obras vanas y extravagantes. Otro ejemplo que lo continúa: si ahora pretendemos juzgar las ruinas, serán, naturalmente, buenas o malas, y deberían ser consiguientemente bellas y feas; y, si no lo son, no se debe a que Volney haya vuelto sobre sus pasos, sino simplemente a que en realidad ya sólo son ruinas en grado de impartir lecciones las de los grandes imperios, y no los restos apiñados de megalómanos delirantes y parásitos que traficaron con la dignidad y el sufrimiento humanos.

Porque esa es otra lección más: si *hay* ruinas y si preservan el sagrado poder de la elocuencia se debe a que con ella apuntan nada menos que a un mundo social en el cual sus instituciones eran devotas transcripciones de la legalidad natural, y los ciudadanos cuya conducta regían desplegaban sus mejores cualidades pública y privadamente al disponer libremente de sus vidas y sus bienes. ¿Cuál será la relación de ambos factores causales –cuyo contenido Volney extrae del liberalismo contemporáneo y lo retrotrae hasta un tiempo histórico ajeno por completo al mismo– con la administración seleúcida con la cual la Palmira del agosto viajero

alcanza el apogeo de su grandeza? Un “linaje de mediocres”, en el que sólo Antíoco III no merece ostentar tan *laureado* título²⁷, bajo cuya hégira el imperio se encogía o estiraba como un acordeón, y que mucho había de falso incluso en la afirmación de su esencia griega (¿qué cabría hallar de griego en el gobierno unipersonal y no sometido a control de un *rey* absoluto!), ¿hace en verdad gala de todas las bondades que Volney le adjudica? ¿Y debería algo el estado actual de las ruinas a su supuesto pasado judío anterior a los seleúcidas y a su *futuro* romano posterior? Porque en tal caso, ya se sabe, también ambos periodos *igualarían* en méritos y razones al dominado por los sucesores de Alejandro.

4. Las ruinas y el presente. la ley natural y el regreso al futuro

LO QUE EMPEZÓ SIENDO UNA EXPOSICIÓN sobre las ruinas a fin de elucidar el gran proyecto histórico palpitante en ellas pronto devino sin solución de continuidad una especie de investigación sobre el origen y el desarrollo del mal, cuyo curso, paralelo al del bien, compartía con él la responsabilidad histórica. El del bien nos legaba la desesperanza de unas ruinas cargadas de elocuencia que diseñaban un plan de acción para el futuro en contra de la antevista maldición del mal, instruido sin embargo para ejecutar su amenaza con la garantía del cumplimiento de una ley física²⁸ en contra del género humano en venganza por haberle impartido sus lecciones en vano.

La desesperanza degeneraba en desesperación cuando a aquella amenaza se yuxtaponían otros elementos en grado de reforzarla²⁹. La codicia y el resto de su corte no cesaban de extender el imperio sobre el corazón humano y ya vimos cuán lejos era capaz de llegar a la hora de ejercer su dominio: facultada para dominar sin contestación la vida privada del *súbdito* humano a través de la ignorancia, la superstición y su cortejo de violencias, que le indisponían para todo lo que no fuera obedecer y, al mismo tiempo, escindiendo alma y boca, para protestar contra dicha obediencia creando ilusiones de un reino mejor; facultada asimismo para saltar en el potentado de la vida privada a la pública y al revés, en un curso de ida y vuelta

²⁷ Cf. Pierre Lévêque, *El mundo helenístico*, Barcelona, Paidós, 2005, pp. 45-46 (véanse también las pp. 55-58). Por lo demás, basta con escuchar con atención las palabras del genio para percibir el desprecio que merecía a Volney el mundo antiguo, incluidos “los más celebrados”, a causa de sus “vicios enormes, sus crueles abusos” (*Ruines*, p. 71).

²⁸ “Juro por *las ruinas de tantos imperios destruidos que el imperio del Creciente* sufrirá la suerte de los Estados cuyo régimen ha imitado” (*Ruines*, p. 67).

²⁹ Pero dejaba un resquicio que no permitía la resignación: era ‘venganza’ y eso significa que el mal, como el bien, podía haber instruido para bien, y que era responsabilidad humana el olvido; empero, un pasadizo hacia el futuro lo había.

que perdía finalmente de vista los límites entre una y otra, así como para dañarle mientras acumulaba a causa de su voracidad insatisfecha en tanto se nutría del esfuerzo de un súbdito cada vez más decrepito, vale decir, de su propia y humana fuente de riqueza; facultada para todo ello, la codicia podía hacer de la política su mundo y de la religión su corona, vale decir: el malabarista que fabrica esperanzas ilusas que arruinan la racionalidad y moralidad personales dejando intacta la dominación.

Si bien cabría desarrollar las semillas del mal en grado de entorpecer el advenimiento de un futuro a la altura de la dignidad del hombre esparcidas en la obra como una crítica demoleadora de la argumentación del *genio*, que confiaba en la equidad distributiva de la naturaleza al punto de aceptar la presencia antigua de bienes difundidos por ella como posible anuncio de otros venideros, y a su socaire de lanzar una diatriba contra la propia Europa –*ilusorio* continente incapaz de dar forma a la libertad y la justicia–, limitaremos el recuento de males al más peligroso de ellos: la religión.

Para Volney, en efecto, no hay mayor “obstáculo al perfeccionamiento”³⁰ que los más de veinte credos por donde se desparrama la *verdad* religiosa, en los cuales se desangra la única verdad posible: la de la naturaleza. Lejos de dar lugar a un sistema ordenado y racional de creencias, cada supuesta verdad religiosa se autoafirma como credo genuino y se yergue como única e inmaculada fe, ignorando las reinterpretaciones, préstamos y relecturas de todas ellas entre sí; y el conjunto en nada dista de componer un batiburrillo en el que el absurdo sustituye a la razón en la fortaleza de la credulidad y los preceptos alardean no sólo de incoherencia mutua, sino de contradictoriedad interna.

Volney concluye que la verdad sólo puede andar lejos de ese inframundo racional y que cada *fe* constituye en sí misma “un complicado problema de metafísica y de historia”³¹, por lo que se decide a rebuscar en la mente al objeto de precisar cómo ha llegado hasta allí el arsenal de ideas religiosas en que su aparente *verdad* absoluta se ha atomizado. El filósofo pasará revista a dicho arsenal, desde su manifestación más simple, el animismo, a las tres más complicadas y correlacionadas: las diversas formas de monoteísmo, también las más irracionales y peligrosas para el futuro pacífico de la humanidad. Y sostendrá como denominador común que todos los sistemas de creencias son falibles y circunstanciales³², y a la vez falsos y contradictorios. Ninguna idea religiosa, añade, estaba presente en los primeros hombres: cuando surgen, aquellos llaman dios a las potencias de la naturaleza; y las ideas que se hacen de ellos sólo provienen de

³⁰ “El gran obstáculo al perfeccionamiento” del presente en el futuro constituye el título del cap. 14 de las *Ruines*.

³¹ *Ruines*, p. 143.

³² Véase el inicio del cap. 22.

los sentidos, la única fuente posible para las mismas. La razón, en suma, al reflexionar sobre eso, descubre en el origen a unos seres sin ningún tipo de ideas, que hubieron de aprender primero el uso de sus órganos; acumular después experiencias que les permitieran satisfacer las necesidades vitales; y, por último, satisfechas éstas, poner al espíritu en condiciones de construir el arte de comparar ideas, argumentar con ellas y establecer relaciones abstractas. Todo eso constituye el gran preámbulo epistemológico y cultural antes de que la mecha de la religión lograra prender una idea en el espíritu.

Y hay también una conclusión: todas las religiones han cometido los mismos desmanes con sus fieles: la credulidad del creyente, su superstición –esto es, culpar a supuestos seres superiores ocultos de los males producidos por los hombres– es la primera responsable de los mismos, como su servilismo e ignorancia lo son de todas las tiranías. El gran enemigo que el futuro tiene en el presente ofrece en este gran fresco histórico sus credenciales *teológicas* contra las cuales la humanidad habrá por fuerza de litigar si la razón, la libertad y la paz cuentan entre sus objetivos prioritarios³³.

¿Cuenta el futuro con algún defensor que le autorice a soñar con la victoria? ¿Y bajo qué forma se soñaría?

La destreza y continuidad con la que la ignorancia y la superstición malean el alma y las costumbres de individuos o pueblos y forman imperios, incluido el religioso de la superstición, quizá suscite la impresión de que ante la raza humana se yerga un oscuro túnel que desemboca en su destrucción. Los violentos enfrentamientos del fanatismo religioso contra sí mismo bajo formas distintas, como la guerra actual entre turcos y rusos, sería una confirmación más que una premonición de la forma que adoptará el futuro.

Empero, incluso en las profundidades de ese inframundo religioso, que ha hecho de la pobreza, el fanatismo y la superstición la santísima trinidad de su violencia, la razón ha encontrado una luz mediante la cual reconstruir la esperanza. Aunque en las *Ruinas* se guarda un silencio sepulcral al respecto, sea el *Voyage* que la *Guerre*³⁴ habían operado un circense milagro antropológico al sacar de las tinieblas donde vegeta al esclavo musulmán y labrar con él nueva arcilla para una humanidad redimible. En efecto, en ambos textos, anteriores de dos y un año respectivamente al aquí más estudiado, luego de excomulgar inexorablemente al monoteísmo en general y a su versión musulmana con mayor ahínco, Volney parece *rumiar* a bombo y platillo que otro mundo es posible para el crédulo súbdito de Alá, en donde a él le cumpliría quizá ser *ciudadano*.

³³ Las ideas contenidas, y ocasionalmente parafraseadas, en este rápido resumen de la grandiosa exposición religiosa de Volney se hallan expuestas principalmente en los caps. XX-XXIII.

³⁴ El título completo de la obra es *Considérations sur la Guerre actuelle des Turcs*, Londres, 1788.

En una de las páginas sociológicas más memorables escritas durante el periodo ilustrado³⁵ Volney confronta el carácter de los cristianos griegos y el de los musulmanes en el imperio turco, y explica el contraste entre unos y otros mediante razones políticas y religiosas. Mientras los primeros, a causa de su posición relegada en la sociedad, se han vuelto bribones, mentirosos, viles, aduladores, astutos, mezquinos en aras de su delicada supervivencia, los segundos, pese a lo que de ellos han hecho la política y la religión de consuno, aún conservan “una suerte de bondad, de humanidad, de justicia, y sobre todo una gran firmeza en los reveses y un carácter decidido del que es posible fiarse”³⁶. La religión ha remarcado las diferencias: los griegos, considerando a “Dios exorable”, intentan sobornarlo en su favor con sus ruegos y ayunos, con sus votos y peregrinajes, por lo que creyendo que su suerte es siempre mejorable su corazón vive perennemente atribulado. El fatalismo musulmán, en cambio, crea efectos antagónicos: el *estaba escrito* con el que saldan una situación que les ha hecho viajar de la opulencia a la miseria en un santiamén concluye un orden de ideas y un sistema de valores en el que la certeza de la predestinación les infunde “una seguridad que atempera el deseo y el temor, una apatía que cierra por igual el acceso a los lamentos y a la previsión”, y esa seguridad la manifiestan tanto mientras la salud mimosa sus cuerpos como en el lecho de muerte. El *todo está escrito* musulmán, por tanto, le hace creer a Volney que no todo está perdido: que la humanidad podría dispensarles otro destino, aunque ello case mal con la parte gobernada por la sinrazón, que al hacerles creerse perfectos en virtud de sus creencias fanáticas les lleva a abjurar del deseo de cambiar (pero para ello está, afirmaba en la *Guerre*, la práctica del arte político por parte de la potencia que finalmente se instale en *Estambul*³⁷, pues de saberlo ejercitar estaría con el ejemplo preparando a los súbditos para una transformación de las circunstancias que plantarían la simiente de su mejora).

Por otra parte, también el *genio* había proclamado a los cuatro vientos de la historia su verdad: el amor de sí, en su versión positiva, transcribe la preceptiva natural en la acción humana, conduciendo al hombre hacia la “equidad del gobierno y de las leyes”, la “causa eficiente”³⁸ del “esplendor y la prosperidad de los imperios”; lo cual mostraba la sumisión del gobierno y de las leyes adventicias a la ley natural.

³⁵ Y en las pocas que profundizando en la entraña humana extrae bienes de males, en contra de esa secuencia monocorde con la que su mecanicismo esquematiza la evolución humana deducible de las leyes de la naturaleza.

³⁶ *Voyage*, op. cit., p. 410.

³⁷ Volney dice Constantinopla... Añadamos que en el presente texto el punto de comparación de los musulmanes son los europeos, no los griegos que conviven con ellos en las tierras del Sultán. También en este caso los efectos de una religión y una situación social *defectuosas* juegan en la relación delimitan una clara superioridad de los musulmanes respecto de la contraparte europea. *Guerre*, op. cit., pp. 137-9.

³⁸ *Ruines*, p. 35

Volney remachaba ese razonamiento en las palabras conclusivas del capítulo X, en las que la prosperidad de los antiguos Estados tenía toda una tradición de conformidad de las “instituciones sociales” a la genuina legislación natural y toda una larga práctica de libertad para los hombres y seguridad para sus bienes detrás³⁹. Y lo rubricaba algo más tarde al integrar en el orden natural otros elementos más específicos: trabajo, orden e industria, límites al poder, defensa del débil y derechos para todos⁴⁰. De ahí que el *genio*, junto a las razones para el pesimismo, yuxtaponga las del optimismo, y las refrende con un argumento empírico inapelable, dada la identidad de la naturaleza humana: lo que se hizo da idea de lo que se puede hacer⁴¹. Y aunque Volney de inmediato lo censure con vehemencia, lo único que, creemos, prueba dicho reproche es que se desdobra para permitirse el lujo de dudar en materia tan delicada, dado que bien y mal tiran de él con pareja intensidad; de hecho, un año antes había sido él y no el *genio* quien había escrito una frase similar: “le passé prouve pour l’avenir”⁴². Y, además, justo a continuación Volney capitula ante su sombra romántica disponiéndose a delinear la forma en que el futuro dará cabida —o mejor, *manifestará*— a la dignidad humana.

El roble del nuevo mundo que nacerá está todo él contenido en la bellota plantada en el capítulo XIII, en el que el *genio* se extasía ante la contemplación de los efectos traídos por la imprenta y el eco ampliado de los mismos que la ilustración supondrá, entrando en un estado de arrobamiento perfectamente idéntico al de su prestidigitador ante las ruinas de Palmira. Cuando el eco se transfigura en voz, todos los acordes psicológicos, políticos, sociales y culturales, desde la “felicidad individual” a la “felicidad pública”, pasando por las relaciones interindividuales y sus derechos y deberes en sociedad, se hallan ya pergeñados, y la música que anuncia el necesario orden social no ha cesado de sonar.

El genio, en efecto, se ha deshecho de un plumazo de la totalidad de los Estados antiguos, sin excluir a “los más ensalzados”⁴³, dados “los vicios enormes, los crueles abusos” y la “fragilidad” resultante que los caracterizan. El modelo con el que se fraguará el porvenir no se buscará en la historia, por tanto, sino en la ley natural, a partir del simple pero absoluto deseo de felicidad del hombre, que ahora se yergue como una fuerza inconmensurable ante la ignorancia que impudicamente le extravía al elegir “los medios”, tanto como “sobre los efectos y las causas”. La cultura en la que la ilustración difundirá por doquier su narcisismo intelectual merced a

³⁹ *Ruines*, p. 41.

⁴⁰ Ídem, pp. 61-62.

⁴¹ P. 70.

⁴² *Guerre*, p. 128.

⁴³ *Ruines*, p. 71

la imprenta se ha conjurado contra aquélla y le ha hecho saber que tiene los días contados. El hombre conocerá así los límites, los de su felicidad personal y los de la pública, y las sirenas de la codicia ya no atraerán con sus cantos a los *antiguos* marinos, hoy ya pronto hombres nuevos en cuanto renovados con conocimientos que les alejan del mundo innatural, en el que se enseñorearon desde siempre los males y sus perversas criaturas.

La mística del progreso va mucho más allá. Los particulares sentirán los lazos que les unen a la sociedad; los débiles, el valor de la unión; los ricos, dónde están los límites del placer y de la saciedad; la opinión pública, su peso ante el trono; el trono, la fuerza del control social; la cultura, su poder ilimitado. Y en un arrebato final, desaparecida ya la barbarie de la guerra, el progreso completará su obra unificando a todas las sociedades en el género humano, esa especie política que aparece como el punto de fuga ideal al que tienden actualmente algunas “sociedades parciales”, y que cuando el tiempo las haga finalmente converger pasará a ocupar el entero lienzo de la historia en detrimento de los elementos que lo hicieron surgir. Falta tanto para que eso se produzca, y es tan complejo, que los recelos parecen justificados. Pero Volney ataja las dudas sobre el mismo en la mayor declaración de fe en el progreso que se le conoce: “(...) mas al final, dicho movimiento se realizará”⁴⁴.

En realidad, sólo queda un paso para que dicho movimiento se opere, la transición que conduzca hasta el nuevo mundo a los hombres de hoy dejando atrás el antiguo, su historia. Y ese paso está empezando a darse. Los partidos que ya suspiran por el futuro sólo aspiran a “¡que se muestre un *jefe* virtuoso!”, que a diferencia del de Kant, sí se dará, por lo que no será necesario servirse del placebo del “gobernar en republicano” para hacerlo realmente; aspiran también –se trata de hecho de la misma aspiración– a “que un *pueblo poderoso y justo* aparezca y la tierra lo eleve al poder supremo: es la tierra la que espera un *pueblo legislador*...”. Y la tierra está de enhorabuena, porque el ruido sordo que llega desde el horizonte, esto es, desde las orillas del Sena es “un grito de *libertad*”, el grito con el que un pueblo espantará a los tiranos, dirá adiós a la historia y tomará las riendas con las que guiar a los demás desde las tinieblas más o menos densas que actualmente los envuelven hasta donde brilla el sol de la libertad.

Se comprende que Volney dude ante el *genio*, pero lo que en realidad cuestiona es el aura mística que envuelve el proceso, el arrobamiento con el que se anuncia el advenimiento del nuevo mundo sin juicio final, y que nosotros hemos querido en parte reproducir estilísticamente. Pero en los capítulos que van desde el XV al XIX, como también en el último, el XXIV, Volney –siempre bajo la tutoría del *genio* o de

⁴⁴ *Ruines*, p. 76.

algún otro personaje que inventa *ad hoc*— se dedica a bajar de las nubes ese mundo etéreo y a asentarlo sobre cimientos más firmes.

El relato nos sitúa ante un pueblo, el francés, que repentinamente adquiere la mayoría de edad y debate con sus opresores, seculares y religiosos, su situación optando por emanciparse de ellos. Es la prueba de su ilustración, que se refuerza con el corolario natural: toma en sus manos las riendas del autogobierno. La ilustración es la garantía de que no abusará de su poder, de la rendición del mismo al derecho. Liberado, el pueblo decide permanecer libre y racionalizar el caos político habido hasta aquí, por lo que baraja las cartas de la ciencia política, desconocida para él en sus secretos pero a su alcance en lo esencial, hasta dar con *lo que será* el Estado de Derecho: la soberanía popular, sólo delegada por mor de la naturaleza de las cosas a representantes elegidos entre ellos a fin de gestionar sus voluntades y sus intereses, que serán los encargados de instaurar el nuevo contrato social, esto es, la definición de los derechos y los deberes, el objeto y los principios de la asociación civil y promulgar leyes equitativas para todos, a las que también los legisladores deberán someterse.

El principio de legalidad, base en la nueva representación, se añadirá por tanto a los que operan como cimientos del nuevo orden político: los de igualdad, libertad y justicia, deducidos directamente de la ley natural, que a todos ha otorgado idénticos órganos, sensaciones y necesidades y a nadie poder sobre otro; que a cada uno ha dotado de “medios suficientes para proveer a su existencia”, es decir, lo ha hecho independiente de los demás, y que por lo mismo debe guardar un equilibrio entre lo que recibe y lo que da. Insistimos: igualdad, libertad y justicia, la férrea y natural base del orden político legítimo.

Instituida Francia hay que reinstituír a las demás naciones siguiendo su ejemplo: la naturaleza humana sólo conoce un modelo político: unos principios en los que fundarse, un mismo conjunto de derechos y obligaciones en los que protegerse y una sola ley por la que expresarse. Seguridad jurídica de personas y bienes es su resumen, esto es, el compendio de la felicidad pública y privada. Y reinstituídos los demás países ya está constituido el género humano, compuesto, dice Volney, “de tantas variedades de una misma especie”, y punto final del ciclo del proceso político inscrito en la naturaleza humana⁴⁵.

También en este punto las ruinas no desaprovechan la ocasión de impartir sus lecciones y, como otras veces, no son precisamente las extraídas por Volney. Si a partir de la *ley* del placer y su suma, la felicidad, impuesta por la naturaleza a los seres

⁴⁵ Y una vez constituido, su guía por Francia se produce con idéntica facilidad que la del príncipe italiano en Italia, según nos contara un *desconocido* Maquiavelo en el último capítulo de *El Príncipe*.

humanos terminamos exigiendo el Estado de Derecho; y si el esquema del mismo fue un ilustre desconocido político hasta que Volney lo perfila, eso significa que ninguna sociedad del pasado, ni siquiera las más admirables, *mereció* jamás unas ruinas como las decantadas de Palmira, lo que es otro modo de decir, a diferencia de lo dicho y repetido hasta aquí, que ninguno de los Estados antiguos, incluidos los imperios, se gobernó por unas leyes por las que se hiciera oír la voz de la naturaleza. Es otra vez el tufo moral del juicio estético lo que conduce a la paradoja de no reconocer a ningún imperio a la altura de sus ruinas.

Si es el autor de las *Ruinas*, influido *quizá* por algún miembro de los círculos intelectuales en los que se mueve, quien finalmente diseña el modelo político a seguir por el mundo del futuro estamos reconociendo por enésima vez al *filósofo* como el amo espiritual de la sociedad, un engendro intelectual que al menos, de manera explícita, desde Pitágoras recorre Europa, y que alcanza en el sabio estoico, en Zenón sobre todo, su clímax histriónico, tras ser proclamado por una sesuda lógica como *el primero en todo*⁴⁶: el mejor pensador, sin duda, pero también el mejor médico, el mejor piloto, el mejor atleta, aunque no, sorprendentemente, el mejor iluso, el mejor cobarde o el mejor idiota (por fortuna, la filosofía encontró dentro de sí misma, en la de Luciano, la ocasión para su propia catarsis). Este pacífico salvador de la humanidad, que se pasea impune por las avenidas del intelecto con su cetro de oro y la corona de la verdad ciñendo su frente, constituye el acto de más vil y prepotente soberbia de la filosofía que Gaos denunciara, incluso cuando se esconde bajo el manto de la igualdad, pregona su sumisión a la autoridad legítima y se abstiene de reclamar favores para sus méritos.

Si el modelo político único aludido se deduce de un concepto de naturaleza humana como el antevisto, el resultado intelectual es la creación de una especie filosófica nueva: un *Platón* mecanicista; pero aunque el efecto sea tan ramplón como la causa y de *la* idea de ley natural se deduzca *una* política, las consecuencias de la operación no lo son tanto, ni tan inocentes: la historia ha sido liquidada de la sociedad futura; el contexto —esa abigarrada mezcla de tiempo y circunstancias— y las necesidades no cuentan para la constitución y, por si fuera poco, el etnocentrismo cultural ha hecho su entrada victoriosa en la teoría, gracias a él un sinónimo más de ideología. Y el voluntarismo como método de acción con él: conocido el modelo, ¿qué otra cosa *cabe* hacer sino imitarlo? Como en el caso anterior, el infierno vive empedrado de buenas intenciones.

Por último, una lección más aunque no proveniente directamente de las ruinas, sino de la exposición de su significado; si todo el problema del mal era el

⁴⁶ En *Los Estoicos antiguos. Fragmentos*, 348.

desconocimiento del modelo a seguir, nada tiene de extraño que Volney cifre en la eliminación ilustrada de la ignorancia su solución. Pero entonces, ¿qué queda de la codicia en cuanto agente primario del mismo? Es verdad que las relaciones entre ignorancia y codicia giran en la órbita de la ambigüedad, tan frecuente en la retórica del admirador de Voltaire, pero no cabe desconocer que la esencia de la primera es intelectual al ser ante todo un defecto de conocimiento y la de la segunda moral, al ser ante todo un efecto de la voluntad. Y la voluntad, no hay que recordarlo, es movida por la codicia a sabiendas del agente en la infinita mayoría de los casos. Pensar lo contrario no es sólo considerar al ser humano un incauto, sino algo mucho peor: pensarlo incapaz del mal por propia iniciativa y pensar que no es racional o libre cuando elige deliberada y conscientemente el mal. De ser así, habría que eliminar del código penal la imputación, es decir, el código mismo. Pero también, ahora que ya sabemos que somos un pueblo ilustrado y lo demostramos eligiendo representantes que nos señalan el camino a seguir mediante leyes, tendríamos por fuerza que eliminarlos recién elegidos porque la política misma sería innecesaria: *sabiendo* cuál es el orden, ¿para qué necesitaríamos instaurarlo? Si ya conocemos nuestros derechos y disponemos de bienes que *sabemos* deben ser tutelados, ¿de quién tendríamos que protegerlos? Como puede apreciarse, es de nuevo Platón redivivo, con su explicación intelectualista del mal, el que se asoma a la exposición de Volney, y el doble peso (o triple, si dando un paso atrás recordamos la moralina que adultera el juicio sobre la belleza y el arte) de tan nefasta influencia no puede dejar indemne ni la racionalidad ni la inocencia.

5. ¿Un futuro sin ruinas, que no pasa con el tiempo?

UN MODELO DE ORDEN POLÍTICO que nombra príncipe al pueblo, colma de derechos a sus miembros al tiempo que los ata con los correspondientes deberes, protege la propiedad y listo además para encarnarse de inmediato en una constitución para la parte más evolucionada de la tierra y pronto también para el resto parece ser la respuesta ansiada por Volney a su intento por descifrar la significación de las ruinas. Es la garantía suprema de la civilización contra su propia ruina, el artificio mediante el cual el presente se defiende de la imitación del pasado. Máxime si, como hemos visto, el progreso, aun sin la fuerza teórica ni el poder de convicción de que hace gala en Turgot, Condorcet o Kant, también prepara su inexorable quiliismo. La cuestión de si el hombre es capaz, en medio de tanta ruina que delata el paso de las civilizaciones del esplendor al ocaso, de llegar a crear algo que no pase con el tiempo parece, insistimos, haber sido ya respondida.

¿Es, sin embargo, la respuesta buscada? Quizá se trate de una pregunta mal planteada, de un sencillo *anacronismo* por ser benévolos con nosotros mismos, y que basta y sobra con lo expuesto para atajar de raíz las inquietudes y zozobras que asaltan al viajero al principio casi del libro⁴⁷, de probada militancia en su ánimo, por cierto, pues enlazan directamente con las expresadas al final de su *Voyage*, cuando ya en el *jardín-Francia* –con sus “campos cultivados, sus ciudades pobladas, sus mansiones”– siente de pronto cómo los topes de la duda asaltan su mente y roen su corazón, sumiéndole en esa profunda aflicción que más tarde, en las *Ruinas*, dejará copiosas lágrimas por testigo⁴⁸. Con todo, es un hecho que el pueblo *en esquema* francés, presto a dar su paso al frente en la historia universal y guiarla hacia su fraternal destino con los demás pueblos, no es la nación francesa actual a pesar del jardín en el que se ha convertido y de hallarse en un continente, el europeo, que ha heredado y mejorado la gloria antigua.

Y si bien aún no ha podido aprender de la historia que su pueblo unido es una ilusión más, que los derechos, además de costosos de financiar, chocan o pueden chocar entre sí, que las relaciones entre libertad e igualdad son asimismo naturalmente conflictivas (y aun así deben ir juntas si la justicia quiere ser alguien en el mundo), que, al desarrollarse, la libertad personaliza como la igualdad individualiza, es decir, arrojan más leña al fuego del conflicto en sociedad, etc., confiriendo a la solidez unitaria del modelo un equilibrio inestable; si bien, repetimos, los sentidos no han trasladado a su mente la idea de fragilidad inherente a todo modelo, por perfecto que la razón lo considere, una vez hecho realidad, el ciudadano Volney sí es cabalmente consciente de que su patria es un país en el que los ricos se ocupan con toda atención de sus beneficios comerciales y con sumo desprecio de los derechos de sus conciudadanos menesterosos, y todos más de sus intereses que de la moralidad. Es decir, que la codicia anda lejos de padecer anemia pese a que no se ignora el alcance de un tal comportamiento; una clase política lacerada predica la ocupación de otro país simplemente para contrarrestar los indudables efectos hegemónicos de terceros países derivados de una hipotética victoria militar; que él mismo, si apuesta por la neutralidad, se debe a que el *zeitgeist* sopla gracias a los estadounidenses en esa nueva dirección; que aboga por un cambio de alianzas en la política exterior de su país, y en ese cambio, la fanática Turquía, ya en decadencia a causa de su fanatismo y autoritarismo, ha de ceder tan insigne plaza a Rusia, en ascenso ahora gracias a su fanatismo y autoritarismo; o que su patriotismo, no tan furibundo como el de tantos de sus compatriotas, que han hecho del credo nacionalista su

⁴⁷ *Ruines*, pp. 10 y 11, cap. II.

⁴⁸ *Voyage*, pp. 413-414.; *Ruines*, p. 11.

nueva profesión de fe sin abandonar la religiosa, no está exento de dicho virus, por agazapado que ahora permanezca⁴⁹. La conclusión no puede ser más perentoria: el modelo ideal plasmado en las *Ruinas* se hará carne con un cierto retraso respecto al horario previsto.

De hecho, aproximaciones al mismo la historia las brindaría casi simultáneamente en la propia Francia y en los Estados Unidos. Las instituciones que desarrollan en las dos primeras constituciones republicanas la *Declaración de Derechos y Deberes del Ciudadano* adelantan o reproducen *mutatis mutandis* con pulcra similitud las erigidas por Volney, y otros pensadores, como Paine, las celebrarían como el gran aldabonazo de la liberación de la humanidad. Sin embargo, el Volney que creía viajar sobre seguro, de certeza en certeza, infringiendo de su concepción racionalista de la naturaleza humana la inexorable institucionalidad democrático-liberal, no era el mismo que al observar la historia constataba un vicio de origen en aquélla que le refutaba de antemano el reconocimiento de la construcción de obras impercederas. Tendría ocasión de comprobarlo personalmente el mismo año que publicaba su *Catecismo del Ciudadano Francés*⁵⁰, cuando Robespierre humillaba los principios de la antedicha *Declaración* mientras afirmaba aplicarlos, y creando con su *República de la Virtud* un homenaje de sangre a la ignominia como pocas veces se ha visto en el curso de los tiempos. Burke, por lo demás, ya se lo había dicho antes con toda la parafernalia de su retórica, que en este caso se reveló como el oráculo de una tragedia que vio encarnar en ese individuo singular llamado Napoleón Bonaparte el destino que cumplía la *némesis* de la justicia histórica contra quien, con la *hybris* tan decantada por Paine o el propio Volney, se atrevía a sustituir de golpe siglos de costumbres por un decreto racional de la voluntad. Esa revolución simplemente cambiaba los sujetos del dominio mas no su esencia, afirmaría el *new whig*, y la voluntad prestigiosa y armada del general devenía ahora, en cumplimiento de su profecía, la sede remozada de los *declarados* principios racionales y constitucionales del poder legítimo.

Por lo demás, también los Estados Unidos vivirían a su modo tan brutal experiencia, esto es, la constatación de que el pecho más inocente alberga el huevo de la serpiente, y de varias maneras: palpando, por ejemplo, cómo una figura, la del Presidente y titular del poder ejecutivo, sin excesivo relieve constitucional al principio, escalaba sin tregua posiciones de poder al socaire principalmente de las

⁴⁹ *Guerre*, op. cit., pp. 126 s.

⁵⁰ Que no por azar es el primer título de su tratado sobre la *ley natural*, aparecido en 1793 (*Catéchisme du Citoyen français*, más tarde rebautizado como *La loi naturelle ou les principes physiques de la morale*. En realidad, a nuestro juicio, debería haberse llamado más bien *Catecismo del Ciudadano Mecanicista*, una acabada ficción antropológica que el método mecanicista extiende universalmente por doquier, incluida Francia).

guerras. O constatando cómo figuras mayestáticas de la historia, como un Washington, un Jefferson, un Madison, etc., degeneraban desde su modelación inicial por la libertad, y sin que ésta se perdiera durante la entera biografía del país, o al menos se perdiera del todo, en esos pálidos recordatorios de lo humano que son los dos últimos presidentes republicanos: y más en concreto el último, que al despejar las dudas acerca de la extensión de los prejuicios violentos que atesora el país, ha hecho aflorar el verdadero alcance de la sociedad *trumpoide* que las encarna. Un hecho que, añadido a algunos otros escenificados por su oponente demócrata durante su paso por la secretaría de Estado o a lo largo de la propia carrera ministerial, impulsan una pregunta terrible, a saber: la de si no será la de los Estados Unidos de América, el Estado que se auto-considera como el bastión de la libertad en el mundo y flagela al mismo con semejante creencia, una *sociedad* fallida. Resultado éste que si de un lado delata la atrocidad que para la política ha supuesto la legalización de la presencia del poder del dinero privado en su ámbito, trasciende en sus diferentes y tremendas manifestaciones su deuda con esa única causa.

Así pues, y retornando a Volney, motivos para la zozobra aún sobran, aunque la suya ya haya naufragado en las aguas seguras del nuevo ideal. El temor ante esos jardines civilizatorios, cruzados por barcos que acarrear productos de una parte del mundo a otra, ornados de monumentos grandiosos, poblados de individuos industriosos que han llevado a la eclosión de todas las artes, enemigos del fatalismo y ordenados en regímenes políticos no autoritarios, es precisamente el recuerdo antiguo: esa ciudad opulenta que hubo aquí, aquella sede de un imperio que estaba allá, y que no son ahora sino desierto puro salpicado con sus restos. Si al escepticismo que el conocimiento histórico hace florecer en el terreno de la razón lo regamos con el poder de la codicia, que preserva su imperio intacto en el corazón del sujeto pese a los cambios para mejor que el quehacer humano nos pone ante la vista, un rápido prontuario de aquellos motivos está ya hecho. Por lo que resulta insuficiente construir en el cielo de las ideas un castillo político manejado por seres irreales para defenderse de los mismos.

Así pues, se trata de saber si queda algo en pie que oponer al *tiempo* aparte de las ruinas de lo que fuimos y el escepticismo de lo que seremos si no contamos con algún ideal a mano en grado de socorrernos⁵¹; de si dispone el ser humano de algún poder capaz de prevenir su propia maldición.

En las *Ruinas*, lo vimos, el consuelo que abatía el desasosiego en su ánimo adquiriría la hechura de un modelo político directamente desbastado sobre el mármol

⁵¹ Aparte, claro está, de algunos monumentos materiales, como las pirámides, que han sabido resistir a su capacidad de destrucción.

de la legalidad natural, cuyo valor crítico es doble: de un lado, reducir a escombros la totalidad de los Estados del mundo antiguo, incluidos los más encomiados, con independencia de la magnitud de su obra civilizatoria, desechando así la mínima posibilidad de convertirlos en la panacea política del presente; de otro, mostrar en su espejo a los Estados liberales del presente los defectos que impiden el desarrollo de su potencialidad, esperando así suscitar una reacción en dicho sentido. Su intelectualismo moral, que terminaba por reducir el mal a simple ignorancia y por volverlo fácil presa de la ilustración del pueblo, facilitaba la tarea. Un ser humano desconocido en la historia aunque muy presente en la imaginación literaria de la filosofía y la utopía, en el que las pasiones perdían una gran parte de su peso específico en el control de su actividad, así como la paralela reducción conflictiva en las relaciones interestatales, constituían las consecuencias no queridas en la solución del problema, lo que permitía a Volney enjugar por siempre las lágrimas antes señaladas.

En el *Voyage* también encontraba el modo de tranquilizar su ánimo, devastado por la aflicción. Los seres humanos poseemos constitutivamente un tesoro inmarcesible: la capacidad de aprender. Ello nos faculta para transformar los ejemplos en lecciones, ilustrarnos con los males, rentabilizar los errores y, llegado el caso, corregir el presente por lo que ocurrió en el pasado, eliminando experiencias indeseables y reduciendo los costes de sufrimiento en el precio que por ellas se pagaron. Tal es “el mérito de la historia”, según Volney. También nos permite comparar las diversas formas y grados de lo existente, valorar sus relaciones, exhumar la línea invisible que une al fenómeno con sus causas y elegir lo mejor para nosotros, personal o colectivamente. Tal es la función de los viajes, y por eso Volney consideraba que “el género de los viajes pertenecía a la historia y no a las novelas”⁵². Para una obra que se cierne a explicar las razones de esa desolación que son el Egipto y la Siria actuales, y subraya a su socaire la superioridad de la sociedad occidental sobre la oriental luego de compararlas con el modelo ideal, dicho consuelo basta. Nociones del modelo en cuestión, en efecto, ya estaban muy presentes en el *Voyage*, y serán más tarde recogidas y sistematizadas en las *Ruinas*, lo que emparenta aún más ambos textos⁵³.

Constatado el esquematismo de la solución volneyana, con sus individuos de cartón piedra y su política estilizada (o mejor: su *ex* política, dado que los conflictos de intereses han sido ya expelidos de su ámbito), quizá quepa preguntarse si los seres humanos somos capaces de crear algo que no pase con el tiempo sin esperar a

⁵² *Voyage*, cit., p. 23.

⁵³ No ocurriría así con la *Guerre*, pese a la presencia puntual del modelo allí también, obra donde un cierto chovinismo pro francés no basta para transmutar al actual país real en el que surgiría directamente de la actualización en forma constitucional de la naturaleza.

que los sueños se realicen, y menos como pesadillas; e incluso si en la obra de Volney pudiera haber algún rastro de lo que se busca caso de responderse de manera afirmativa.

Evidentemente, nada de lo que hacemos los humanos puede decirse eterno, pero si lo *hecho* pasa hay algo, sin embargo, que siempre permanece intacto: nuestra *capacidad para la acción*⁵⁴. Algo que nos faculta tanto para rehacer lo deshecho o modificar lo hecho como para hacer algo nuevo, tres factores inmanentes al proceso de vivir. Vivir es la obra y el monumento permanente de dicha capacidad, en cambio constante pero siempre ahí. El artificio de la vida no se identifica con la nuda supervivencia, aunque también ésta presente rasgos de artificialidad; para simplemente sobrevivir, una vez roto culturalmente el cordón umbilical que nos une con la naturaleza, sólo se requiere copia y resignación, salvo si los implicados son pocos y se ven repentinamente trasplantados a un contexto adverso por desconocido. Vivir, por el contrario, *es* además inventar⁵⁵, y la producción sistemática pero no constantemente planificada de lo nuevo requiere ciertas condiciones.

La obra de Volney nos proporcionaba algunas de ellas, empezando por el sujeto autónomo y responsable, sin el cual la acción no es poder y la racionalidad es delirio. No cabe por tanto el fatalismo ni el resto de fantasmas que sobrevuelan por turno sobre él, como la providencia, el destino, la necesidad, ni demás maldiciones de ultratumba. Asimismo, la capacidad de aprender resulta indispensable para vivir, porque sin ella no sabríamos adaptarnos a las circunstancias y, menos, a la novedad, aunque el precio a pagar sea el de la escisión interna, dado que el elefante de nuestros hábitos, costumbres, convenciones e inercias no resiste ni de lejos el ritmo progresivamente acelerado con el que nuestra racionalidad manipula la técnica y sus criaturas, y éstas después a nosotros. De igual modo, sin aquélla no nos sería posible levantarnos al caer ni rectificar tras el error, cada experiencia sería absoluta y, si fallida, nos vedaría reaccionar. La capacidad de aprender nos enseña asimismo a proyectarnos en el futuro, a imaginarlo en sus diversas configuraciones, a moldearlo en la teoría mediante hipótesis sucesivas, que más tarde se habrán de verificar, o a anticiparlo en la práctica mediante la prudencia, que comparte con aquéllas, afirma Volney en una brillante página, el esquema formal⁵⁶.

Frente a ambas condiciones y al poderoso conjunto de sus efectos se yergue un escollo soberbio en grado de paralizar nuestro obrar y aun nuestras vidas. Y es el

⁵⁴ Salustio, frente a los “viajeros en tierra extraña” (p. 4): sólo sueños y estómago, e ignorancia (*La conjuración de Catilina*, II, 8).

⁵⁵ O incluso *reinventarse* a sí mismos cada día allá donde, como en la India, son infinidad los que tienen por primer trabajo sobrevivir y como mil otros –inimaginables, improvisados y cambiantes o no– el arte de lograrlo.

⁵⁶ *Guerre*, cit., pp. 3-5.

hecho de que nuestra capacidad para la acción es también nuestra capacidad para la destrucción. Y hoy, más que en cualquier región del ayer, el poder de la técnica es un dios en nuestras manos que nos faculta al mismo tiempo y con idéntico vigor para hacer y deshacer cuanto queramos: pero también para deshacer cuando no queramos, para destruirnos, empezando por nuestro hogar planetario, a pesar nuestro o por lo menos sin que quepa atribuir una culpabilidad general o distribuir la culpa a partes iguales entre todas las potencias de la tierra.

Por lo demás, no importa si esto último es cierto o no; la capacidad de destruir se amplía y renueva cada día, y si tenemos en cuenta que, merced a esa deidad tecnológica —un factor cuya virtualidad distaba de poder ser reconocida por el viajero francés—, el individuo, habiendo *cumplido* a Prometeo, ha creado a Fausto dentro de sí mismo, poco cabe extrañarse de que el futuro aumente a diario su perplejidad respecto de nosotros y dé la impresión de estar huyendo de nuestro pasado. Con esa metamorfosis el individuo se ha garantizado la continuidad de su acción, pero también que su destino sea *todo lo posible* al precio que fuere. Fausto hará lo que sueñe hacer porque todo lo puede y el problema definitivo es saber si será posible impedir que entre el sueño y la realidad ande Mefistófeles de por medio. Ningún ser individual o colectivo puede impedir que en el curso de su acción una parte de su alma no pase con el tiempo; la cuestión está en saber si, predestinados como estamos a hacer cuanto queramos en tanto que podemos, nuestra voluntad puede sacar a nuestra acción de los raíles predeterminados por las posibilidades infinitas que nuestra tecnología nos pone al alcance de nuestro deseo. O las que el azar suma gozosamente como efectos colaterales al proceso. Porque ahora que entre dichas posibilidades está la tan sofisticada de destruirnos a nosotros mismos a la carta, eligiendo entre las varias posibilidades de hacerlo —unas más directas que otras, ya sea que elijamos la guerra nuclear, la bomba de tiempo inherente a la superpoblación o la paciente y sistemática destrucción del planeta—, que Fausto se declare en cierta rebeldía ante Prometeo renunciado a querer todo lo que le es posible hacer constituye la sola salida que le queda a nuestra acción de perpetuarse en el tiempo. De lo contrario, será un viajero de otro punto del espacio interestelar quien quizá un día dé cuenta de nuestras ruinas, maravillándose quizá no de ellas mismas, de su magnificencia o de lo que allí su ADN revela de la civilización que las precedió: sino de que llegáramos a esa situación pese a la gran cantidad de medios de que disponíamos para ser felices.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- VOLNEY: *Voyage en Egypte et en Syrie*, Paris, Mouton, 1959.
- *Les ruines, ou Méditations sur les révolutions des empires*, Paris, Hachette, 1883.
- *Considérations sur la Guerre actuelle des Turcs*, Londres, 1788.
- *Catéchisme du Citoyen français / La loi naturelle ou principes physiques de la morale*, 1793.
- GILBERT CHINARD: *Volney et L’Amérique*. Baltimore, Johns Hopkins Press, 1923.
- CHARLES A. DE SAINT-BEUVE: “Causeries du lundi”. <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k37436c>
- JEAN GAULMIER: *Un Grand témoin de la Révolution et de l’Empire: Volney*, Hachette, 1959.
- *Introduction* (al “Voyage en Égypte et en Syrie”). Paris, Mouton, 1959.
- *L’idéologue Volney, 1757-1820: contribution à l’histoire de l’orientalisme en France*. Genève / Paris, Slatkine, 1984.
- GERHARD KATSCHNIG: *Die Konstruktion von Zukunft im Zeitalter der Aufklärung. Universalgeschichte und Utopie bei Constantin-François Volney*. Saarbrücken, Südwestdeutscher Verlag für Hochschulschriften, 2014.
- SOPHIE LACROIX: *Volney et le theme des ruines*. *Révue de métaphysique et de morale*, 53, 2007, pp. 89-102.
- DANIEL LANÇON: *L’Idéologue Volney devant l’altérité des langues du Proche-Orient : utopies et apories* (en Yves Citton et Lise Dumasy, “Le moment idéologique. Littérature et sciences de l’homme”). Lyon, ENS Éditions, 2013.
- JEAN SIBENALER: *Il se faisait appeler Volney: Approche biographique de Constantin-François Chassebeuf, 1757-1820*. Maulevrier, Editions Hérault, 1992.

DOI: <http://dx.doi.org/10.15366/bp2018.18.006>
Bajo Palabra. II Época. N°18. Pgs: 117-150

